

traste con los desafortados vítores del entusiasmo, porque el triunfo de Malakoff les ponía de manifiesto que si el incendio de Sebastopol era un prodigio, la humillación de Rusia era imposible. Después de un año de gigantescos esfuerzos para vencer la resistencia de una plaza marítima con el concurso de doscientos mil hombres, ochocientos cañones y cuatrocientos buques armados con los poderosos motores del vapor y del hélice, después de haber diezmado las filas de la juventud en los campos de batalla y en el tenebroso fondo de los hospitales, después de haber aprovechado las graves faltas cometidas por los generales rusos en las sangrientas jornadas de Elma, de Inkerman y del Tchernaya, después de haber quebrantado su situación resistida con el consumo de veinte mil millones, adquiridos á fuerza de onerosos empréstitos y de recargos exorbitantes, después de haber agotado los inmensos depósitos acumulados en los arsenales á favor de una paz octaviana de cerca de medio siglo, las grandes naciones del occidente se vieron condenadas á cifrar su gloria y aun su honra en la conquista de un baluarte ruinoso, y en último resultado no pudieron apoderarse de este baluarte sino por sorpresa. Mentis solemne que arrojó heroicamente al rostro de la vanidad anglo-francesa el pueblo de Pedro el Grande; lección elocuente que echó por tierra y para siempre los estruendosos cálculos de una política desatentada, como veremos en los libros siguientes.

LIBRO X.

Situación de las potencias y de los ejércitos beligerantes después del incendio de Sebastopol.

Mientras el apasionado vulgo de nuestros publicistas se dejaba llevar á la ventura del entusiasmo frenético que le infundían el resplandor de las llamas y las explosiones de las minas de Sebastopol, mientras resonaban en el aire los himnos que inspiraba la victoria al temerario regocijo de los turcofilos, acercábase el momento solemne que tan crueles desengaños había de acarrear á los arrogantes directores de la alianza anglo-turco-sardo-francesa. Despreciando los importantes pormenores de la jornada de 8 de setiembre y ateniéndose á las lisongeras ideas que sugiere naturalmente la noticia de un asalto victorioso, los mas autorizados órganos de la prensa cantaban en Inglaterra y en Francia el triunfo de Malakoff y la gloria de Napoleon III, trasportábanse en espíritu á las playas del Quersoneso para dictar la paz al imperio ruso desde lo alto de los escombros del Karabelnaia, y arrojaban al viento las lecciones de la experiencia y de la historia para saborear á sus anchas el fruto de la campaña; mas en tanto que la ignorancia y el patriotismo se abandonaban con tanto placer á los dorados ensueños de una esperanza fugitiva, calculaba el filósofo á sangre fría las consecuencias en que debía envolver á las armas de la alianza la triunfante retirada del príncipe Gortschakoff, examinaba el estupor profundo que se apoderó de todos los ánimos en pos de la victoria, no solamente en los gabinetes de la diplomacia, sino tambien en las lonjas del comercio y en las tiendas de los mercados públicos, enumeraba las doscientas mil víctimas que cubría á los ojos del mundo el inmenso mausoleo de Sebastopol, y contemplaba con admiración el sangriento sepulcro que estaban abriendo los destinos para el palpitante cadáver de Turquía.

Después de tantos esfuerzos como se habían hecho para derribar el fundamento de la pujanza rusa en el Euxino, parecía natural que los vencedores se estendieran sin obstáculo por la península táurica, ó que las águilas napoleónicas ofrecieran á la Puerta otomana la prenda de seguridad que le faltaba; pero lo cierto es que los ejércitos aliados frustraron desde luego las esperanzas de sus gobiernos apareciendo completamente encadenados en las mismas ruinas de Sebastopol, y que la jornada de 8 de setiembre surtió un resultado diametralmente opuesto al que con tanto énfasis habían pronosticado los gobiernos occidentales. La Puerta otomana, que esperaba ver enarbolada su bandera en los escombros de Malakoff, y que contaba con reproducir en Crimea el antiguo kanado de los tártaros, vió prontamente desvanecidas las ilusiones en que se había mecido por tanto tiempo, y aunque la conducta de sus protectores le había dado á conocer en muchas ocasiones el porvenir que le estaba deparando la intervención armada de las potencias occidentales en sus dominios, jamás había reconocido con tanta evidencia los verdaderos frutos que debía proporcionarle la alianza como después del incendio de Sebastopol. La noticia de la victoria de 8 de setiembre llegó á Constantinopla por medio del telégrafo á las dos de la tarde de 9 de setiembre; mas el sultán no quiso de pronto creer en ella temiendo una

equivocacion semejante á la del año anterior, (1) y mandó que se reprodujera aquella comunicacion telegráfica. La telegrafía repitió exactamente la toma de Malakoff, la destruccion de toda la parte meridional de la ciudad y la retirada de la guarnicion á los fuertes septentrionales; mas el sultan continuó dudando de una nueva tan lisongera, y ordenó que no se la divulgase hasta que fuese confirmada por los buques de vapor que se estaban esperando. Al otro dia llegaron estos vapores; pero si bien el gobierno de la Puerta recibió la confirmacion de tan grata noticia con la satisfaccion que causaba el éxito de un sitio que en varias ocasiones habia justificado al parecer, algunos vaticinios poco favorables al imperio otomano, no dejaba de reconocer un nuevo peligro en la presencia de las tropas occidentales, en especial al saber que los aliados se habian abstenido de enarbolar la bandera turca sobre los escombros de Sebastopol, y por consiguiente no se apresuró á celebrar aquel fausto ó infausto acontecimiento, que nuestros publicistas se empeñaban en considerar como un triunfo magnifico para los antiguos señores de Crimea. La jornada de 8 de setiembre no fué celebrada en Constantinopla hasta el 12, y la expansion del entusiasmo otomano se redujo á una iluminacion muy sencilla y al disparo de los cañonazos de costumbre.

Es positivo que la presencia de los aliados ha agravado mucho mas la situacion de Turquía que las exigencias del gobierno ruso; pero tampoco debe creerse que los fieles osmanlies dejaran de conocer esta diferencia, como lo prueba el muy visible contraste á que dieron margen en Constantinopla la falsa noticia de la toma de Sebastopol en 1854 y la verdadera de 1855. La primera produjo en el ánimo de los otomanos una alegría inesplicable, porque en aquella época conservaban todavía muchas ilusiones, pero la conducta de la milicia y de la diplomacia anglo-francesa fué deshojando paulatinamente la flor de sus esperanzas, y la victoria de 8 de setiembre la marchitó por completo. Mucho tiempo hacia que se observaba en todas las provincias del imperio una circunstancia muy notable, como que demuestra la situacion de los ánimos: los buenos musulmanes pedian á Dios en los cinco *namaz* ú oraciones cotidianas (2) que los librara de sus amigos, creyendo que la alianza de las potencias occidentales les habia acarreado mas desastres que las guerras sostenidas contra los rusos en el espacio de ciento y cincuenta años. Jamás habian tratado los rusos á los otomanos con tanta arrogancia como los aliados, aun despues de haberlos vencido, y así es que los turcos se decian unos á otros: «Estos aliados no han hecho otra cosa que engañarnos, pues nos han inducido á declarar la guerra á Rusia para cumplir sus designios, es decir, para tener un pretexto y un instrumento á la vez en la guerra que estaban meditando contra los rusos y que les era imposible emprender sin nosotros.» El pueblo turco creia que los aliados obligarian á Rusia á restituir la Crimea, la Besarabia y la Circasia, y el gobierno fortificaba esta creencia temeraria para justificar su alianza con los ghiaurs y la introduccion de las escuadras extranjeras en el mar Negro; pero cuando vió que lejos de engrandecer el imperio, las potencias occidentales proponian en las conferencias de Viena la independencia de los principados danubianos á fin de convertirlos en una monarquía semejante al moderno reino de Grecia, comenzó á poner en duda la buena fé de los cristianos que

(1) I, pág. 582.

(2) Estas oraciones son como siguen: la *sabha namazi*, que se reza cuarenta y cinco horas antes de salir el sol, la *evile namazi*; ó del mediodía, cuarenta minutos despues de haber pasado el sol por el meridiano; la *ihinde namazi*, en el instante que separa en dos partes iguales el espacio que transcurre hasta desde el mediodía hasta el poner del sol; *alicham namazi*; veinte minutos despues de puesto el sol, y la *iatci namazi*, unas dos horas despues de la anterior, Bianchi, Diccionario.

aparentaban consolidar el establecimiento del islamismo en Europa, y acabó por maldecir a gobierno que habia desechado las proposiciones del príncipe de Menschikoff. Es preciso confesar que los turcos tenian sobrada razon en desconfiar de sus flamantes aliados, pues prescindiendo de la vanidad de los argumentos con que queria cohonestarse la continuacion de la guerra con motivo de algunos buques mas ó menos en el mar Negro, veian en poder de las tropas anglo-francesas los castillos de los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo Tracio, sin que tampoco pudiera serle muy lisongera la presencia de un campamento fortificado á breve distancia de Constantinopla, ni los preparativos que se estaban haciendo para formar otro campamento delante de esta misma ciudad, ni la pérdida del tributo de Egipto, hipotecado especialmente para continuar la guerra que estaban haciendo apesar suyo. Conociendo los sentimientos de que estaba animado el pueblo turco, los aliados le calificaban de ingrato; mas á propósito de una calificacion semejante el primero recordaba la conducta que con él habian observado los rusos en el espacio trascurrido durante los últimos veinte años; y un viejo *effendi* resumia la expresion de este recuerdo diciendo lo siguiente: «Los rusos acababan de hacernos una guerra terrible, mas al ajustarse la paz mostraron mucha cordura y moderacion. Tres años despues nos vimos en un peligro inminente, y habiendo ocurrido el sultan Mahmud, de gloriosa memoria, al gobierno ruso para que nos socorriera, vino á acampar en las orillas del Bósforo y en un sitio aislado un ejército moscovita, sin que haya necesidad de decir cual fué su conducta durante los pocos meses que permaneció entre nosotros. Ningun musulman se vió insultado, y lejos de rebajar á nuestro gobierno en el concepto de la nacion, los rusos, tanto los militares como los diplomáticos y los mismos viajeros, nos dieron ejemplo del respeto que debemos profesar á nuestro sultan y á nuestros ministros, no pudiendo decirse que ningun dragoman ruso se haya atrevido á declarar al padischah, á nombre de un embajador cualquiera, que el nombramiento de tal ó cual visir habia desagradado á su gobierno. Cuando el ejército de Ibrahim-bajá hubo salido de Anatolia, los rusos se retiraron igualmente sin demora alguna, y ¿qué ha sucedido desde entonces? Que los mismos que habian perdido sus hijos ó sus hermanos en la guerra contra los rusos, los eminentes varones que habian contribuido con toda su fortuna para pagar á Rusia la indemnizacion de los gastos de la guerra, se han constituido en sinceros amigos de esta potencia, porque se han convencido de su buena fé y de su buena conducta. No hay un solo musulman, entre los que recuerdan aquella época, que no compare la situacion pasada con la actual, y que no deplore por consiguiente el triunfo de nuestros aliados. Todos los individuos del gobierno abundan en las mismas ideas, y nuestros ministros decian el otro dia que el resultado mas positivo de la toma de Sebastopol será la modificacion de la fórmula de que se hace uso actualmente en la mayor parte de las órdenes emanadas de la Puerta, es decir, que en vez de la frase *Rei-Dostala rimizin*, por consejo de nuestros amigos, habrá la siguiente: *Emri-Effendi lermizin*, por orden de nuestros señores.»

El pueblo exageraba todavía, como sucede en todos los casos semejantes, las razones que le asistian para desconfiar de sus aliados. Sabido es que cuando Mahomet II se apoderó de Constantinopla, el arrabal de Gálata, ocupado por los genoveses, acabó por capitular, y que las propiedades particulares fueron respetadas por el conquistador; pero desde que el rey de Cerdeña formaba parte de la alianza anglo-francesa, la opinion pública de Pera suponía que el sultan se habia obligado secretamente á restituir el arrabal de Gálata al heredero legítimo de la república genovesa, y es inútil ponderar el efecto que no podia menos de surtir esta creencia en el ánimo de los turcos.

En medio de los apuros en que se veía constantemente, la Puerta trató de regularizar los gastos públicos, á imitación de las naciones occidentales, y publicó un reglamento orgánico de hacienda, cuyos pasages mas notables eran los siguientes:

«Se formará cada año un presupuesto que determine la totalidad de los gastos y de los ingresos del imperio, y este presupuesto, cuando el sultan le haya sancionado, servirá de base á la administracion general de hacienda durante un año.

»Los gastos fijos se dividen en dos categorías, á saber, una que comprenda los gastos especiales de cada ministerio, y otra relativa á los gastos generales del ministerio de hacienda.

»Los gastos especiales que forman la primera categoría consisten en las cuentas siguientes:

»1.º La lista civil; 2.º la caja Nizamiye, destinada á la manutencion del ejército en tiempo de paz; 3.º la caja Tofana (maestranza de artillería), destinada á los gastos fijos del arsenal imperial de artillería y de todo el material del ejército; 4.º la caja del almirantazgo, para la manutencion de las tropas de las tripulaciones y tropas de la armada imperial en tiempo de paz; 5.º el departamento de la ley para las consignaciones de la magistratura; 6.º la caja de vakfs ó vakuf, para compensar las fundaciones pias que se hallan sujetas á la administracion del ministerio de hacienda y para sufragar los gastos de las ciudades santas de la Meca y Medina; 7.º el ministerio de la gobernacion, para el sueldo de todos los empleados civiles activos y cesantes, tanto en la capital como en las provincias, y para todos los otros gastos de administracion interior, como tambien para la manutencion de la guardia civil en todo el imperio; 8.º el ministerio de relaciones estranjeras, para el sueldo de los empleados y la conservacion de las legaciones en el estranjero; 9.º el ministerio de hacienda para cubrir el sueldo de los empleados de este departamento, tanto en la capital como en las provincias y para hacer frente á los gastos de recaudacion de los caudales públicos; 10.º el ministerio de comercio y obras públicas, sujeto á la inspeccion del presidente del consejo supremo y á la direccion del ministerio de negocios estranjeros.

»Los gastos generales de la segunda categoría consisten en los siguientes: 1.º los intereses de la deuda en el estranjero y de los cañmes con interés de seis por ciento al año; 2.º los antiguos poseedores de *timars* (feudos militares) y de los mukateas, y los intereses de toda clase de *sehin* (rentas vitalicias); 3.º el fondo de reserva que cada año debe tener el tesoro para sufragar los gastos extraordinarios que tuviese que hacer cada ministerio, además de los suyos particulares, en las graves circunstancias políticas y para atender á los gastos imprevistos á que haya de subvenir la caja del ministerio de hacienda por una cantidad adicional en favor de ciertos departamentos.

»Los ingresos permanentes están clasificados tambien en dos categorías, á saber, una compuesta de contribuciones directas y otra de contribuciones indirectas.»

Vamos á ver en que consisten en Turquía los *timars*, los *mukateas* y los *sehin* de que se habla en este reglamento, para tener una idea de la naturaleza de estos gastos.

En tiempo de la conquista, como dice Mr. d' Ohsson (1), se erigieron feudos en la mayor parte de las provincias del imperio con el doble objeto de atender á su defensa y recompensar los servicios militares. El caballero agraciado percibia el producto de los impuestos públicos en las tierras de su feudo, cultivadas por mahometanos ó cristianos, sobre quienes ejercia una jurisdiccion señorial. Estos súbditos eran propietarios de las tierras, mas para trasmitirlas á algun

(1) Cuadro general, tomo VII.

individuo de su familia que no fuera hijo suyo necesitaba el consentimiento del señor, á quien, además de los derechos, debian pagarle un censo, y si este último poseedor no dejaba herederos, el señor debia dar las tierras á un vecino del difunto. El señor tenia la obligacion de residir en su feudo, y recibia la renta de las tierras, es decir, una parte ó la totalidad del impuesto. Los feudos de esta suerte constituidos se dividian en tres clases, segun su estension: los *timars*, los *ziamets* y los *beylicos*; contábanse cincuenta mil de la tercera clase, trescientos de la segunda, y doscientos y diez de la primera; y cada feudo debia aprontar un hombre montado por cada tres mil *aspres* de su tierra. Los *timariotes* marchaban á las órdenes de los *ziamets*; estos obedecian á los beyes, y los beyes quedaban subordinados á los bajás de las provincias; mas esta dependencia relativa entre los poseedores de feudos, lo mismo que la obediencia que debian á los gobernadores, solia ser ficticia, y esta es la causa de la energía que desplegó el sultan Mahmud para destruir el feudalismo, que habia llegado á formar un poder casi independiente de la Puerta.

Los *mukateas* eran los arriendos anuales del impuesto, que fueron convertidos en vitalicios por Mustafá II en 1695, á fin de que los arrendatarios estuviesen interesados en aumentar los recursos de los contribuyentes; pues el régimen de los mukateas no hacia otra cosa que despoblar y arruinar á la mayor parte de las provincias.

El *sehin* eran unas rentas vitalicias que se trasmitian, con corta diferencia, como los bienes vacufs (1), y cuyos títulos pasaban á ser propiedad del tesoro cuando el poseedor moria sin dejar sucesion directa. En 1846 el estado pagaba aun seis millones de piastras anuales, ó sea, el doce por ciento de un capital de cincuenta millones; mas en esta época se prohibió á los tenedores la venta de aquellas inscripciones.

Tal era el efecto que estaba produciendo en el ánimo de los turcos la noticia de los acontecimientos de Crimea; pero si el imperio otomano se veia amenazado de muerte por el triunfo de sus protectores, no era muy diferente la sensacion que causaba entre las demás potencias aliadas el incendio de Sebastopol. La verdadera opinion pública desmentia sin rebozo los cálculos con que pretendian alucinarla los gabinetes de Paris y de Londres; interpretábase justamente en mal sentido el misterioso celo con que se le estaban ocultando las consecuencias de un hecho tan importante, y en vez del alza extraordinaria que suele suceder á un gran triunfo, los fondos públicos experimentaban una baja de cada vez mas creciente, como si pesara en ellos un gran desastre. Jamás se habian desarrollado con tanta evidencia los buenos instintos de la opinion en Paris como en Londres, en Madrid como en Viena, en Bruselas como en Berlin; el recuerdo de 1812 aparecia suspendido sobre la cabeza de la alianza como la espada de Democles, y el pueblo concluyó por decir en voz muy alta lo que de las tropas británicas decian algunos periódicos ingleses hablando del asalto de la Estrella mayor: otra victoria como esta, y estamos perdidos. ¿Porqué sin embargo sobrecogió todos los ánimos una sorpresa tan lúgubre, al recibirse en occidente la noticia de la caída de Sebastopol? Porque la jornada de 8 de setiembre habia menoscabado sobremano los derechos de la paz; porque sobre los escombros del Karabelnaia se mostraba mas imponente que nunca el genio de la guerra y de la venganza; porque con la clausura de los puertos rusos quedaban cerrados los templos del comercio, porque la victoria de los aliados hundia á las naciones occidentales en las simas del hambre. La cosecha de 1855 trajo á la memoria de los gobiernos la crisis alimenticia de 1846 y de

(1) I, pág. 432.